

En esta creativa miscelánea narrativa, **Vidal Valicourt** construye un debate íntimo sobre el estado de ánimo

## El camino del hartazgo al entusiasmo

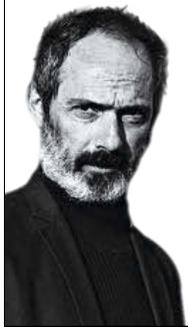
por **JUAN MARQUÉS**

«Me harté de estar harto y probé con el entusiasmo», afirma José Vidal Valicourt (Palma de Mallorca, 1969) cuando llega exactamente al corazón de un libro que, al yuxtaponer microensayos, semblanzas literarias, secuencias narrativas, recuerdos, anécdotas históricas, sueños, algo parecido a entradas de diario o incluso prosas poéticas, va levantando un curioso y consciente autorretrato indirecto.

Con una actitud literaria, unas referencias culturales y una disposición formal que recuerdan

mucho a las que Andrés García Cerdán propone ahora en *La mirada salvaje*, o algo al *Tractatus Logico-Photographicus* de Ricky Dávila (sobre todo por la reflexión que Vidal, de la mano de Joan Fontcuberta, hace del empacho de imágenes sin alma que vivimos), en *La hora del lobo* asistimos a una puesta a punto personal, un debate íntimo sobre el estado de uno mismo: el narrador, que todavía arrastra cierta mitomanía peliculera, decide parar, centrarse, cavilar, hacer balance, resolver cuentas pendientes con una mujer a la que se dirige en segunda persona, hacer borrón y cuenta nueva y afrontar su renovada vida de un modo más sereno y más maduro: de «náufrago de mí mismo» se pasa a ser «el compositor de mis días».

Tanto por la pulsión de crear narrativas complejas y sutiles, admirando a aquellos que a su juicio lo hicieron de uno u otro modo (Duras, Deleuze, Nietzsche, Benjamin, Malaparte, Céline, Bergman o Antonioni, junto a una



La hora del lobo  
José Vidal Valicourt



**JOSÉ VIDAL VALICOURT**

**LA HORA DEL LOBO**

Sloper. 120 páginas. 14 €

evocación de esa hermosísima película que es *La mirada de Ulises*, de Angelopoulos), como por la presencia del fantasma femenino al que intermitentemente apela, este libro de prosas es como la cara B de la notable novela *Tomas falsas*, que Vidal Valicourt publicó en 2012.

Pero el autor parece ahora desvincularse todavía un punto más de ese fugaz mal sueño que fue la «nocilla», felizmente caducada, y se hace más poeta, se relaja algo y, en un sintagma brillante, se propone «nadar todo lo leído», apearse por fin del agobio cultural y entregarse a la naturaleza de su isla natal, hacerse ya no mallorquín sino hacerse Mallorca, fundirse con la tierra: «Trato de ser un sustrato más. Participar de esta geología». Sobre la psicología insular también hay páginas, y sobre Pessoa o Blanchot..., todo para acabar entendiendo que la cultura es sólo un ancla en un mar interminable: «Construí con paciencia una soledad, y en ella había luz».

**L**